

TT temas toledanos

Instituto Provincial
DE
Investigaciones y Estudios
Toledanos
DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4
TOLEDO



17

el maestro jacinto guerrero
manola herrejón nicolás

i.p.i.e.t. _____
diputacion prov. de toledo

temas toledanos

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

consejo de redacción

Jose María Calvo Cirujano, José Gómez-Menor Fuentes
Ricardo Izquierdo Benito y Ventura Leblic García

colaboradores

Rafael del Cerro Malagón, Fernando Martínez Gil e
Hilario Rodríguez de Gracia

dirección artística e ilustraciones

José Luis Ruz

Administración

I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Plza. de la Merced, 4. Telf. 22 52 00
TOLEDO

T. T. 17

Manola Herrejón Nicolás

EL MAESTRO JACINTO GUERRERO

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos, 17

Cubierta: Jacinto Guerrero, dibujo de José Luis Ruz

Depósito Legal: TO. 669 - 1982

ISSN - 0211-4607

Impreso: Imp. Eborá, Marqués de Mirasol, 17.- Talavera - Toledo

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Manola Herrejón Nicolás

EL MAESTRO JACINTO GUERRERO

Toledo
Diputación Provincial
1982

INTRODUCCION

Fui siempre un ferviente admirador del inolvidable amigo Jacinto Guerrero. Su música, tan del pueblo, tan española, queda incorporada a nuestro arte y, por lo tanto, a nuestra historia.

En el futuro, no se podrá comprender bien nuestra época sin la música de Guerrero y lo que ella representó.

Gregorio MARAÑON

Entre los motivos por los que me he decidido a escribir la biografía de Jacinto Guerrero, es porque no quiero que le ignore la juventud de ahora que, en su inmensa mayoría, siente inquietudes musicales; y porque parece también que el género zarzuela (de principios del siglo especialmente, donde se halla enclavada la actividad principal y éxito del maestro toledano) está relegado a un denigrante segundo plano y catalogado con desprecio como algo ya pasado y decadente. Quizás es el libreto, a veces algo redicho, el que hace que el "género chico" parezca pasado de moda, pero no es así, ya que su gran música, aun cronológicamente situada en un tiempo y costumbres pasados, nunca decaerá. Y ello porque lleva en su raíz la dignidad y buena factura de la música seria y consigue fundirse con lo popular, ameno y teatral, méritos éstos que la sitúan en un plano importante e imperecedero.

La interpretación de una romanza de tenor, por ejemplo, en la que la calidad artística de la voz humana puede lucirse al máximo no debe considerarse como de otros tiempos.

Son partituras las de la zarzuela que sin llegar a las complicaciones y recargamiento escolástico de lo sinfónico, merecen nuestra atención por su asequible polifonía y melodioso

encanto. “Es música —como dijo alguien— que prende en el oyente y llega al corazón”. No puede aquella permanecer en el olvido y el recordarla y revivirla es una necesidad y una obligación.

Otro de los motivos de este trabajo ha sido el haber conocido a Inocencio Guerrero, hermano menor de Jacinto, de la forma más curiosa e inesperada. Al ser reorganizada y restaurada la iglesia parroquial de San Andrés de Toledo por expreso deseo del señor Cardenal Primado, don Marcelo González Martín, en el año 1975, pedía un órgano a gritos para la participación musical de sus fieles, y lo pedía porque un animoso grupo de personas queríamos cantar allí. Pues bien, fue don Inocencio quien, dotado de idéntico espíritu de generosidad que su hermano Jacinto, donó dicho instrumento al templo, un órgano de dos teclados “Farfisa”, último modelo de la electrónica. Los hermanos Guerrero vivieron en la plaza de San Andrés y fueron, de niños, monaguillos de dicha parroquia.

El templo data del siglo XIV; su crucero y capilla mayor fueron encargados en 1500 por el embajador de los Reyes Católicos, al estilo de San Juan de Los Reyes, y los sepulcros de la familia de los Rojas están decorados al modo plateresco. Los retablos, del XVI, están siendo restaurados por un grupo de especialistas de Bellas Artes, ya que sufren gran deterioro por la acción del tiempo. Allí se albergan momias que en un principio dejaban contemplar, pero su párroco decidió guardarlas en el sótano bajo llave, diciendo: “Dejad que los muertos descansen hasta el día de la resurrección”...

Para documentarme sobre la vida de Guerrero, he tomado nota de una serie de datos aportados al periódico en los años cincuenta por Josefina Carabias, ampliando éstos con la relación de anécdotas y hechos históricos relatados por sus hermanos y parientes más allegados, a más de varios apuntes tomados de Miner Otamendi, Luis Moreno Nieto, Moreno Pavón, y varios más, sin olvidar la opinión personal de maestros y escritores de la talla de Federico Moreno Torroba, Conrado del Campo, Eduardo Aunós, Fernández Ardavín y Víctor de la Serna.

El musicólogo catalán recientemente galardonado y fallecido José Subirá es quien, con su “Historia teatral de España”, me ha iluminado para resaltar como merece la música de la zarzuela, su tiempo, su encanto y evolución.

Sirva mi humilde trabajo de estímulo a los noveles



Iglesia Parroquial de Ajofrín, villa natal del compositor

estudiantes, pioneros del Conservatorio Elemental de Música "Jacinto Guerrero", de Toledo, y de recuerdo a los adultos que conocieron y admiraron a tan ilustre compositor.

I.— SUS PRIMEROS PASOS

Jacinto Guerrero Torres nace en la villa de Ajofrín, situada a 20 kms., de la ciudad de Toledo, y "arrancada del yugo sarraceno, como el mismo Toledo, por Alfonso VI y el Cid Campeador". Y nace en la plaza de Los Corderos de unos padres sencillos, que trabajan allí de sacristanes, procedentes del cercano pueblo de Atanzón. Es el día 16 de agosto de 1895. Avelino Guerrero Cruz, lleno de alborozo, organiza en el pueblo una serenata y le ponen de nombre el del santo del día —Jacinto— a gusto de su madre Petra Torres, la sacristana.

Avelino se afincan en Ajofrín de un modo definitivo no sólo como sacristán, cantor y organista, sino como director de la banda de música.

Ya de niño canta Jacinto, con prodigioso oído musical, las dulces nanas con que su buena madre le mece y apenas cuenta tres años cuando, al oír a su padre tocar el órgano de la iglesia, rompe a cantar sin rubor y con gracia, provocado en el público no ya la hilaridad, sino el más sincero asombro.

A tan tierna edad acompaña a su padre a los ensayos de la banda y, apenas cumplidos los seis, gana su primera peseta tocando en una fiesta el bombo y los platillos con el ritmo más preciso que pueda imaginarse. Este dinero, el primero que Jacinto gana, se lo entrega a su madre "para que se compre un pañuelo nuevo".

A los nueve años toca el armonio de la iglesia y admira de su progenitor las dotes de dirigir y organizar. Como ve que su madre sufre porque al marido le gustan demasiado la música, la jarana y... las cómicas, le promete que él será cura algún día y no sólo eso, sino que llegará a canónigo de la catedral de Toledo y la entregará religiosamente todos los dineros que gane. Fue una tierna promesa que cumplió siempre a lo largo de su vida...

Nace Inocencio, "serio y reconcentrado"; más tarde Consuelo y Paquita.

Es monaguillo y, al aprender solfeo con su padre, empieza a sentir serias inquietudes musicalés, goza sobremanera cuando llegan al pueblo las compañías de zarzuela y empieza a sentir

inclinación por la batuta. ¡Qué felicidad será dirigir a los músicos en todos los movimientos de una gran obra, quizá ya intuida en el subconsciente! Es el gran presentimiento de un futuro glorioso. El soplo inicial de una musa traviesa que comienza a tentarle...

Pero la paz y la felicidad de aquella familia se turba cuando muere el padre a consecuencia de una traidora pulmonía. La situación familiar ha de resolverse repartiéndose sus miembros para conseguir salir adelante. La madre ha de trabajar en el pueblo, quedándose allí con los tres pequeños, y, por sus dotes, procuran a Jacinto el ingreso de “seise” en el famoso colegio de Nuestra Señora de los Infantes, institución de Toledo para cantores y acólitos al servicio de la Catedral y fundada por el Cardenal Siliceo en 1545. “Tiene —según Moreno Nieto— portada plateresca y un noble escudo en el friso. Había cuarenta clerizones que servían de acólitos en la Catedral, destacando los “seises”, llamados así porque empezaron sólo seis y estaban destinados a cantar. Cristóbal Morales fue uno de los incontables maestros de capilla; de allí salieron muchos sacerdotes”...

Iban vestidos de sotana, como auténticos curillas, aún en tiempos de Guerrero; recibían educación y cultura y se les daba una peseta para su manutención.

Según el maestro Moreno Pavón, gran amigo y compañero de Jacinto, que también se educó y sirvió allí: “Era listísimo en el colegio, aventajando a todos los compañeros en latín y literatura, a más de dominar desde bien pequeño el solfeo y canto llano”.

Jacinto tocaba al violín canciones improvisadas, siempre alegres y pegadizas. Las chicas le gustaban sobremanera, y les daba a menudo alegres serenatas, ganándose desde muy joven su admiración. Y después de interpretar sus melodías, les tiraba tiernos besos...

II.— EN TOLEDO

Su primera composición fue una salve a cuatro voces que consiguió crear a los doce años, “después de hurgar en los archivos musicales del Colegio de Infantes”, que dedicó a la Virgen de la Esperanza de San Cipriano y estrenó junto a sus compañeros cantores al paso de su famosa procesión que data del siglo XII y que continúa celebrándose año tras año y continuará mientras haya un hálito de fe en Toledo.

Cuando la imagen de la Virgen pasó por la puerta del colegio, los "Seises" entonaron la salve, y cuentan que una mujer, entre la multitud congregada en la plaza, lloraba de emoción. Era su madre.

A partir de aquel boyante "estreno", Jacinto Guerrero no cesa en su afán de organizador y compositor. Le encargan organizar todas las fiestas y fiestecillas de Infantes; en las funciones extraordinarias que siempre tiene un fin de fiesta con música popular, empieza a "crear ambiente"; le van conociendo y le admiran.

Su madre y sus hermanos le visitan a menudo. "Jacinto no olvidará nunca aquellos sabrosísimos bollos de aceite y manteca que ella le ofrecía, amasados con el sudor de su trabajo y su amor materno".

Moreno Pavón ha dicho de ella: "Era una mujer extraordinaria, ingeniosa en sus decires, discreta, cariñosa y buena; que ganaba el pan de sus hijos a fuerza de pasarse las noches desojándose sobre el bastidor"...

Por todo ello, bien enraizado y siempre "crescendo", el amor de Guerrero por los suyos se hace digno de mención. Impresiona la frase que le dedica Josefina Carabias al escribir: "Un buen hijo y un hombre que sea ante todo, amante de los suyos y que, pase lo que pase, y haga lo que haga, no reniegue nunca de su familia ni de su pueblo natal, es sin discusión, una buena persona"...

De Guerrero siempre se ha dicho que era de una simpatía arrolladora; alegre, bullicioso y generoso hasta la exageración. "Sembró a su paso la alegría y repartió siempre sonrisas, abrazos y dinero a manos llenas"...

Cuando Jacinto cambió la voz, su madre decide que ingrese en el seminario de Toledo. "Está enclavado éste en la plaza de San Andrés y fue construído en el año 1830. Incendiado en 1936, el cardenal Pla y Deniel mandó reconstruirle con la ayuda del Estado". Ingresó con buenas notas, pero no dura mucho en él. No quiere ser cura porque le gustan mucho las chicas y como es sincero su buena madre le comprende. ¿Por qué iba a serlo? Hubiera resultado mal como tantos casos hubo a lo largo de la historia que sirvieron, por desgracia, de "piedra de escándalo".

Es cierto que multitud de músicos tuvieron su base de artista como niños de coro, sirviendo a la Iglesia y, quizá por ello, salvo

*A mi queridísima madre y hermanos
Recuerdo de mi venida a Madrid
el 12 de Septiembre de 1914
Jacinto Guerrero*

Autógrafo del músico a su llegada a Madrid en 1914

lógicas excepciones, hallaron en el sacerdocio su única salida. También abundaron los casos en que las mujeres, tras un desengaño amoroso, encontraron la paz definitiva en el convento. Pero, por suerte, los tiempos han cambiado mucho y hoy las personas se realizan en la vida con libertad absoluta, eligiendo el estado a seguir sin tabúes ni traumas.

Jacinto es sincero y su madre le comprende.

III.— ANDANZAS JUVENILES

A pesar de que no siente vocación religiosa en absoluto, Jacinto Guerrero confiesa frecuentemente que se siente muy feliz en las funciones litúrgicas cantadas, por lo que hay para él un lugar en la Catedral Toledana como “lector de coro” y “preparador de misas”, ahora que su voz de tiple ha bajado una octava por la edad.

Por entonces, la madre y hermanos de Jacinto deciden instalarse en Toledo, en la calle del Pozo Amargo.

¡Cuántas veces, apenas amanecía, corría Jacinto cuesta arriba de su calle estrecha hacia la Catedral Primada para preparar la misa y cantar la Calenda “con su voz de hombre, firme, bien timbrada y armoniosa!”

Recibida la documentada información de don Benito García, organista de la S.I.C.P. de Toledo, puedo transcribir que “La Calenda”, o canto diario del Martirologio, era un canto común en el oficio de Prima del antiguo rezo de las catedrales. Lo cantaba el salmista de turno. Había un día en el año en que “La Calenda” adquiría muy particular relieve; era la víspera de Navidad y anunciaba la próxima venida de Jesús. Este día corría a cargo del

Sochantre —cantor primero del oficio divino— quien, con capa pluvial, rodeado de monaguillos, con candelabros e incienso, hacía su canto de modo triunfal y felicísimo. Para las oposiciones a cantor, el canto de “La Calenda” era una prueba de habilidad. “La Calenda” era una viva muestra de canto gregoriano, hoy en desuso, casi en su totalidad.

Por sus varios trabajos le daban un par de pesetas que, unido a un pequeño empleo en el café cantante de Hombre de Palo, le servían para ayudar a la familia. En los nuebllos tocaba el violín, improvisando variaciones sobre el folklore que escuchaba a las gentes, y todo ello lo vivía con sana alegría y singular afición.

Cuentan que cierta tarde coincidió la hora del concierto en el café con el desfile de una procesión a la que tenía la obligación de acudir y, por atender a ambas cosas, al llegar al café se retiró del desfile y en una esquina se despojó de la sotana, guardándola en una bolsa. Entró en el café, interpretó varias piezas al piano y volvió corriendo a su lugar de la procesión, vistiendo de nuevo su ropa sin que nadie pudiera advertirlo. Así cumplió con ambos compromisos y pudo cobrar el sueldo de los dos trabajos.

En estos años mozos tuvo Jacinto su primera experiencia amorosa seria y tal vez su primer desencanto, que toda la vida le haría recelar del sexo débil: “Me enamoré locamente de una camarera que servía en el café donde yo tocaba el piano en Toledo. La declaré mi pasión en unos términos tan románticos como nadie puede imaginar. Y cuando yo esperaba una explosión de amor por parte de ella, fue y me dijo que todo aquello era muy bonito pero que si yo quería que habláramos en serio tenía que pasarla una pensión diaria”. Para pasar la pensión a aquella “vampiresa” —como él comentó— tendría que haber dejado sin ayuda económica a los suyos. Y supo ser fuerte.

Más tarde fue nombrado organista en la parroquia de San Justo.

Cuando a Toledo iba alguna compañía de teatro, si era musical tocaba en ella el violín y si cómica, o película de cine mudo, interpretaba música descriptiva al piano, de acuerdo con lo que comentaba “el explicador”, recibiendo por ello grandes y calurosas ovaciones.

Para improvisar en música hacen falta dotes especiales. Juan Sebastián Bach improvisaba al órgano en su estilo fugado



El maestro Guerrero en sus primeros años de éxito. (Foto: Rodríguez)

continuamente, por lo que hubiera sido imposible transcribir al pentagrama todo lo que se le ocurría. Y así, multitud de músicos. Con Jacinto Guerrero ocurría otro tanto aunque en música ligera, a pesar de que hubiera sido capaz de componer cualquier otro género musical, de habérselo propuesto. El hecho de interpretar dicha música para el cine mudo, puede darnos una idea de su agilidad mental para la improvisación pues tenía que ir tocando temas sin descanso, de acuerdo con la trama de la película. Es decir, que si rugía una tormenta, tenía que ejecutar acordes tenebrosos y fuertes que la describieran; si aparecía una escena campestre, dulces melodías pastorales; si riñas del oeste, música de "saloon" apropiada; si ambiente madrileño, compases de scholís castizo y si andaluz, sevillanas.

Todavía podemos encontrar una muestra del cometido de la música descriptiva en las viejas películas mudas donde comprobaremos que no deja de sonar el piano, ajustándose a las escenas. Lo mismo sucede en los dibujos animados de televisión en que la música secunda siempre la acción hasta en los mínimos movimientos del dibujo.

Para Guerrero improvisar debió de ser un placer, porque la música puede decirse que fue la compañera inseparable de su vida .

A raíz de componer su "Himno a Toledo", verdadero éxito, aunque inédito todavía y entonces reducido al ámbito local, el Ayuntamiento y la Diputación toledanos le conceden una beca de dos mil pesetas para que pueda cursar sus estudios musicales en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid, enclavado en aquellos tiempos en la calle de San Bernardo, y cuya institución data de los tiempos de la Reina María Cristina.

Jacinto deja Toledo...

IV.— A MADRID

En efecto, Jacinto deja Toledo con el disgusto de sus familiares, porque según Miner Otamendi, "no está conforme y sueña con triunfos positivos, creyéndose con inspiración y facultades para glorias mayores. Y se traslada a Madrid reclamado por su buen amigo Pepe Serrano, con un contrato como violinista del teatro Apolo".

Inocencio queda con los cargos que deja Jacinto y éste les envía desde la capital de España parte de su sueldo, mientras se instala en una humilde pensión de la travesía del Horno de la Plata.

Tanto la periodista Josefina Carabias, como Miner Otamendi coinciden en encomiar la labor de incansable búsqueda del éxito por el trabajo que realiza el maestro Guerrero apenas llegado a Madrid. Sus esfuerzos continuados le llevan un día al teatro Martín (futuro escenario de sus éxitos), donde su empresario, “miembros de la ilustre familia de los Vázquez Toledanos”, le propone estrenar, en colaboración con el maestro Fuentes, “El camino de Santiago”. De dicho estreno parte la iniciación de su fama, ya que sus números fueron los más aplaudidos. Animado por ello, sin cesar de componer y mientras continúa sus estudios de piano en el Real Conservatorio, se decide a estrenar “Salustiano, patrono”, con Eduardo Pajés.

Enterado de que el maestro Jiménez está enfermo, ocupa su puesto componiendo la música que precisa el libreto de José Ramos Martín —que más adelante será uno de sus mejores amigos e incondicional colaborador—, a quien conoce yendo al Casino de Autores, jugando a la ruleta sus cuatro únicas pesetas que no sólo son su fortuna sino la gran oportunidad de su vida pues por suerte gana Jacinto una “vaca” y su dinero se triplica, logrando así la amistad de Ramos Martín y la ocasión de estrenar “La Pelusa”, que se presentará doscientas noches ininterrumpidamente en el teatro de La Latina. Corre el año 1921...

Con relativa fama y algo de dinero, Jacinto vive una etapa feliz, enamorado ahora de una modistilla, “como cada madrileño castizo de aquel entonces”, a la que dedica sus amores una temporada; amores que no llegan a culminar en matrimonio porque... a Jacinto le gustan todas... ¡no lo puede remediar! Prueba de ello es la carta que en cierta ocasión le escribe a su hermano menor Inocencio: “En el teatro se ve cada mujer que quita la cabeza. Los domingos salgo con la doncella de la pensión que es monísima; la llevo al cine, pero esto no se lo digas a madre”...

Jacinto no llegó a casarse nunca. Alguien dijo alguna vez que los Donjuanes nunca debieran hacerlo. “¿Por qué hacer desgraciada a una pobre mujer, pudiendo hacer felices a tantas?”.

Los veranos los pasaba Jacinto en Toledo junto a los suyos:

en ellos acababa de estudiar su carrera pianística, de cuyos cursos se examinaba en el conservatorio con las más brillantes calificaciones.

Después del boyante éxito de “La Pelusa” se ajustó como pianista en el teatro Fuencarral. Al poco tiempo puede hacer venir a Madrid a su queridísima familia. Jacinto había trabajado sin descanso y dormido siempre poco. En el servicio militar le sobrevino una hernia, “dolencia descuidada y mortal a largo plazo”. Componía a veces hasta bien entrada la madrugada, en que se dormía de bruces sobre el atril del piano de la casa de huéspedes. Por eso la llegada de los suyos significó una mejora de vida en todos los aspectos. Se instalaron en la calle de Luna.

El periódico “ABC” que fundara Luca de Tena, después gran amigo de Jacinto, reseñaba sobre él entonces: “El joven maestro Guerrero empieza su carrera artística por donde algunos quisieron acabar. Su partitura “La Pelusa” es jugosa e inspirada”.

Nunca olvidaría Petra Torres que con aquel estreno le entregó Jacinto sus primeros veinte duros que valían un valer en aquéllos años...

La Pelusa se representó cien noches seguidas en el Teatro de La Latina. Jacinto empezó a cobrar una cantidad fijada por cada acto, como entonces estaba estipulado, “lo que, acostumbrado como estaba a ganar tan duramente su vida, le pareció una lotería”. Además le supuso un homenaje con el banquete correspondiente. ¡El primer banquete en su honor! ... Aquel verano siempre dijo que fue uno de los más felices de su vida”.

Muñoz Seca le busca para que ponga música a su obra “La hora del reparto”. Como este quehacer le enajena y roba muchas horas, piensa dejar a Inocencio su trabajo del Fuencarral como pianista, pero, al estar éste pendiente de su “mili”, todo proyecto se tambalea hasta que Inocencio se cerciora de que por fin no va lejos. Al poderse éste quedar con aquel empleo, Jacinto pasa a ser director de orquesta en el teatro Cervantes.

¡Ya está a punto de fraguar en su mente el nacimiento de su primera zarzuela, “La Alsaciana”!

V.— LA ZARZUELA

Aunque la palabra “zarzuela” data de muchos siglos atrás, es en el año 1851 cuando Asénjo-Barbieri estrena con ruidoso éxito

“Jugar con fuego”, a raíz de lo cual —al decir de José Subirá— “queda entronizada la zarzuela grande y se constituye una sociedad para el cultivo de esta manifestación lírica que crea en la capital de España el llamado Teatro de la Zarzuela y figuran como eminentes cultivadores del género Emilio Arrieta, Gaztambide, Chapí, etc...”

Hacia 1890 surge el llamado “género chico”, o zarzuela de un solo acto. Chueca, Valverde, Bretón, Vives, Serrano y un largo etc., (según algún entendido, hasta veintiseis autores) ofrecen al público sus obras líricas menores en el Teatro Apolo, llamado acertadamente “la catedral del género chico”.

La zarzuela es la expresión de una época y nos ofrece cuadros costumbristas llenos de realismo, a los que sirve una música llena de vida en sus obras maestras.

La ópera cómica (Francia) y la zarzuela tenían grandes puntos de contacto. Emilio Arrieta creó con “Marina” el doble aspecto ópera-zarzuela.

La zarzuela es en España lo que la ópera bufa para los franceses, o sea, nuestra ópera nacional. Tomás Bretón de los Herreros, en su discurso académico, opinó que “la zarzuela es una imitación de la ópera”.

Desde 1856, pues, su arraigo fue tremendo, cultivándolo multitud de compositores.

En las últimas décadas del pasado siglo decae la zarzuela grande para emanar, pujante, “el género chico”. Aquí es donde encaja con acierto y popularidad increíbles Jacinto Guerrero.

Cómo escribió “La Alsaciana” merece asimismo comentarios. Lo hacía en los ratos libres, en los descansos de sus actuaciones al piano o al violín, en el café o en el cine mudo. Algún viejo artista lo recordaría más tarde al tener noticia de su muerte: “Yo le cedía mi habitación en los entreactos. Nunca había visto a nadie con más afán de ser algo ni de ganar dinero. ¡Y cómo me lo agradecía! “No se preocupe usted por mí, que seré millonario”...

“Jacinto no hubiera podido fracasar. Además de su talento había en él tal ímpetu, tal acometividad y tenía un carácter tan extraordinario, que se hubiera hecho rico incluso vendiendo gomas para paraguas en la Puerta del Sol”...

Cuando la obra estuvo terminada, se la entregó al empresario del teatro de la Zarzuela y éste la rechazó. Sagi Barba, cantante de

moda, escuchó algunos de sus números y dijo al maestro Guerrero: “Esto lo estreno yo, quiera o no quiera el empresario”...

Pero al resto de la compañía tampoco le gustó la obra. Y ensayaban de mala gana. Por suerte, Sagi Barba les resolvió la papeleta diciéndoles que si lo deseaban, podría estrenarse en el teatro Tívoli de Barcelona, a donde él iba a ser contratado de inmediato.

El estreno de “La Alsaciana” se celebró, pues, en Barcelona la noche del 12 de noviembre de 1921... “y todos los periódicos publicaron fotografías de Jacinto, quien regresó a Madrid loco de contento”.

A su regreso de la ciudad condal cuentan que en el tren un policía le pidió la documentación o cédula (que era el documento de identidad entonces) y Jacinto le había extraviado pero, con su gracejo particular, le entregó su tarjeta de visita y le dijo, dándole unas palmaditas en el hombro:

—Así tendrá Vd. siempre dos butacas para ver mi zarzuela.

Y se hicieron grandes amigos.

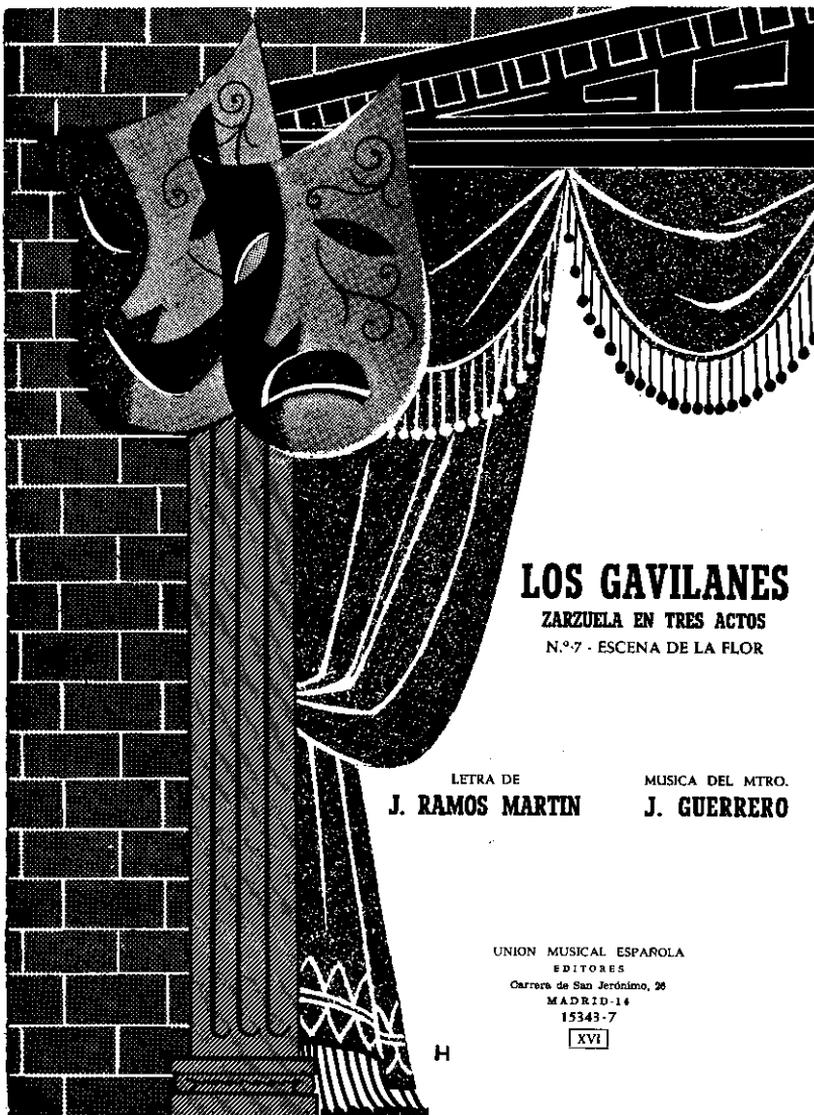
Después de encajar en el género zarzuela con “La Alsaciana”, pudo Guerrero poner en cartel sucesivamente “Ramón del alma mía”, “Colilla IV”, “La Cámara oscura”, “Señoras...! a sindicarse”, “El número 15”, “La reina de las praderas”, “La costilla del prójimo” y alguna más.

VI.— LA MONTERIA Y EL HUESPED DEL SEVILLANO

“La Montería” nació inspirada en la cervecería Gambrinus, de Madrid, cuando su compañero Ramos Martín fijó su atención en un cuadro de caza. Aquella misma tarde Guerrero ideó la música al llegar a su habitación. Esta zarzuela tiene rasgos de música seria, reminiscencias de ópera—cual muchas otras, aun las de la última etapa— y mil detalles de esa música tan popular y pegadiza como es la de Guerrero.

Se estrenó en Zaragoza, en el Teatro-Circo, el 24 de noviembre de 1922, siendo ya Jacinto el director absoluto del teatro Apolo. En Madrid la cantó Sagi Barba en unión de su esposa Luisa Vela y de la gran tiple Victoria Pinedo (teatro de la zarzuela 23-I-1923).

El éxito fue rotundo, casi escandaloso, aún la mismísima noche del estreno. Jacinto mandó escribir en el telón del escenario



LOS GAVILANES

ZARZUELA EN TRES ACTOS

N.º 7 - ESCENA DE LA FLOR

LETRA DE
J. RAMOS MARTIN

MUSICA DEL MTRO.
J. GUERRERO

UNION MUSICAL ESPAÑOLA
EDITORES
Carrera de San Jerónimo, 26
MADRID-14
15343-7

XVI

H

con gruesos caracteres la letra del tango “ ¡Ay que ver! ” y, al comenzar, volviendo a los espectadores su atril, les dirigió con su batuta para que lo cantaran todos. Nadie en el teatro se quedó callado y en breve tiempo lo cantó toda España, en las emisoras de radio, en los patios, en los jardines públicos y en las calles...

Dice Victoria Pinedo: “Lo silbaban los barrenderos, los cocheros, los guardias. Lo tarareaban los estudiantes de la universidad, los presos en la cárcel, los médicos en la consulta, los jefes de negociado y los de estación;... las modistillas, las “niñas bien”, las madres de familia, los militares, los ministros...”

¡Fue una epidemia nacional y por ello se le llamó a la gripe “la Montería”!

Guerrero ya era famoso. Con aquel éxito sin precedentes puede decirse que acabó la vida mediocre de él y de los suyos. A partir de entonces dejaron definitivamente su buhardilla de la calle de Luna...

Es frase textual del maestro toledano aquella con que explicaba el Día de su vida:

“La orfandad fue la noche oscura de mi vida. Mi llegada a Madrid, la madrugada tonificante pero ¡tan fría! que bien pude haber cogido un maligno resfriado y no levantar cabeza. Mis primeros triunfos fueron las claras del día, la aurora con su piar de pájaros. Con “La Montería” salió el sol. Más tarde, el sol de mis éxitos calentó tanto que sudé tinta. Ya estamos en la tarde de mi vida. ¡Sólo temo hacerme viejo y esperar pronto la noche! ”

“El Huésped del Sevillano” (teatro Apolo, 3-12-1926) constituyó otro soberbio éxito popular, ya que con el número de “Las Lagarteranas” sucedió algo similar al de “ ¡Ay que ver! ” de “La Montería”. Todos lo coreaban en el teatro y dio la vuelta al mundo. Dicen las crónicas que hasta las labores de Lagartera subieron de precio y fama por esa circunstancia.

Rosario y Antonio, “bailaores” de fama internacional, La Argentinita y otras figuras igualmente célebres del ballet español, lo incorporaron a su repertorio. “Jacinto lloraba de alegría al hablar de su obra, porque estaba inspirada en el Toledo de su alma”.

La letra es también sugerente y poética, de Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena. Famosas, las romanzas del barítono, “Fiel espada triunfadora” y “Mujer de los ojos negros”

De su música opina J.F. Vila San Juan que es “esencialmente garbosa, pinturera, pegadiza y con la que Guerrero dio en el blanco al conjugar un tipo de música idóneo para el libreto de sus colaboradores”.

Es, sin lugar a dudas, una obra guerreriana sin ninguna influencia, inspirada en el folklore de la provincia.

VII.— LOS GAVILANES Y LA ROSA DEL AZAFRAN

Se sabe que, gracias al éxito de “La Montería”, Jacinto Guerrero puede permitirse el lujo de abrir una cuenta corriente considerable y de comprarse un coche con el que sufre un leve accidente que le produce una gran cicatriz.

El año 1923, concretamente la tarde del 7 de diciembre, el maestro Guerrero une a sus triunfos pasados otro mayor aún, si cabe: “Los Gavilanes”. Su música es esencialmente emotiva y sentimental y supone el mayor éxito —en cuanto al número de representaciones— dentro del repertorio lírico español.

La entrada a escena del barítono con “Mi aldea” (“Pensando en tí, noche y día/ aldea de mis amores/ mi esperanza renacía/ se aliviaban mis dolores...”), para cambiar de ritmo cuando entona: “No importa/ que el mozo fuerte vuelva viejo/ si alegre/ el corazón salta en mi pecho...” son algo colosal.

Se puede recordar la letra y saborearla; en cuanto a la música es imposible de describir. Hay que sentirla, como el amor.

El tema explica la vuelta del indiano a su aldea natal, donde se enamora de la hija de su antigua novia, pero la boda naturalmente no se lleva a efecto porque generosamente el rico indiano cede su amor al joven enamorado que la pretende. Abundan los momentos cómicos de fino humor y el motivo que susurra, escalofriante, a lo lejos: “Palomita, palomita/ cuidado con el pichón/ mira que rondando el nido/ está el gavilán ladrón”.

La música de “Los Gavilanes” representa según los entendidos, “un modelo de compenetración con las pasiones de sus personajes; amor, ternura y melancolía”...

“La rosa del azafrán” (zarzuela en dos actos y seis cuadros, inspirada en una obra clásica y con catorce números musicales), libreto de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, le vale la mejor crítica hasta la fecha. Tuvo lugar en el teatro Calderón de Madrid, el día 14 de marzo de 1930, cuando ya Guerrero

empezaba a alternar la zarzuela con la revista; género éste más ligero y frívolo que acabaría sustituyendo a aquélla en su totalidad.

Es interesante conocer que el maestro Guerrero, para documentarse bien al escribir sus zarzuelas viajaba personalmente junto a sus colaboradores al “lugar de inspiración”; cualquiera puede comprender que es la mejor forma de hacerlo.

Cuentan las crónicas al comentar su alegría y don de gentes que para escribir *La Rosa del Azafrán* viajó con Fernández Shaw por toda la provincia manchega.

“En el casino de La Solana le pidieron que tocara el piano y se pasó la tarde, entre las azafraneñas, tocando y hasta cantando. Poco a poco, llegó todo el pueblo y después requirió un violín”

Escuchaba directamente todos los cantos típicamente manchegos, las viejas melodías que luego armonizaba a su modo con esa espontánea inspiración que le caracterizaba, dentro de la más absoluta sumisión al cuadro convencional.

El tema de “*La Rosa del Azafrán*” es toledano-manchego. Sus variadísimos números alcanzaron también gran popularidad. Y son inolvidables. “*La rosa del azafrán/ es una flor arrogante/ que nace al salir el sol/ y muere al caer la tarde*”. Está dedicada a Juan Ignacio Luca de Tena, como reza la partitura.

Quiero destacar la “romanza de Sagrario”, donde la soprano luce su voz en aquellos sentidos versos:

“No me importa que se vaya/ ni me importa que me olvide/
lo que siento es que sus ojos/ en otra mujer se fijen./
La mujer que se hace esclava/ de un querer que es imposible/
ni descansa ni sosiega/ ni es digna de que la miren/
porque nadie se conmueve/ del mal que la hace sufrir.../ ¡Mal hayan las conveniencias/
que me separan de tí!

Con el profesor Pérez Olea del Real Conservatorio de Madrid aprendí a analizar la música y conozco cómo se disfruta y paladea, a semejanza de un sabrosísimo manjar.--Analizó la susodicha romanza, partitura en mano, como ejemplo de esta obra, despacio y con afán. Ese comienzo de notas alteradas en un modo menor... ¡Qué dulce desembocar llevan a un electrizante tresillo! ... Y ese final en si bemol, tan cercano al do de pecho, de timbre más pastoso pero no menos brillante...

También es importante compenetrar estos sentimientos con las palabras de la poesía. Quien no siente así... ¡No sabe lo que se pierde!

No puedo acabar el capítulo sin hacer mención de las lindas seguidillas manchegas, tan alegres y españolas, donde se luce el ballet de la zarzuela en cuestión. La seguidilla es una canción y danza popular de una estrofa y cuatro versos, de carácter vivo y multitud de variantes. La más típica es la manchega:

“No le digas a nadie que nos queremos
porque todo se vuelve chismes y cuentos.
Tú no lo dices, tú no lo dices,
y el que quiera saberlo ¡que lo adivine! ”

VIII.— COMENTARIOS Y ANECDOTAS. SE EDIFICA EL TEATRO COLISEUM

Por los años de la dictadura militar del general Primo de Rivera, el maestro Jacinto Guerrero estrena cada año una zarzuela como mínimo.

“Las mujeres de La Cuesta” le proporcionaron un disgusto porque no “pasaba” en la Dirección General de Seguridad por “verde”. Guerrero, ni corto ni perezoso y siempre seguro de sí, acudió en persona a hablar con Primo de Rivera, quien le disculpó amigable y generosamente, diciendo: “¿De cuando acá la música es verde?”

También hubo de pagar algunas multas porque sus canciones “se metían” con la Dictadura. Hay que recordar que eran años de represión...

Sin embargo, nada en el mundo le impedía continuar en su afán de componer y organizar espectáculos musicales hasta alcanzar el cénit de la fama.

El célebre pasodoble “Soldadito español”, que ahora figura en “La orgía dorada”, le valió la felicitación personal del rey Alfonso XIII.

Cuenta también la periodista fallecida Josefina Carabias la forma en que conoció al maestro Guerrero, en una corrida de toros:

“...Allí estaba, en efecto, Guerrero. Su cara me resultó familiar por haberla visto tanto en los periódicos. Siento no tener una fotografía que le represente tal y como le ví por primera vez.

aunque en aquel momento Jacinto era la estampa viva de sí mismo. Hay dos maneras de representar al maestro Guerrero: una, sudoroso, dinámico, con la batuta en la mano dirigiendo la orquesta en una noche de estreno. Otra, como yo le ví aquella tarde, es decir, sentado en su localidad de los toros, después de una buena comida, jovial, gozoso, charlando sin parar con el público de los alrededores, fumando un puro y con una mujer al lado, porque siempre le agradaba llevar compañía femenina". "A mí me encantaban —decía— las tertulias de hombres solos, a condición de que a ellas acuda alguna mujer". Y justo es decir que el maestro —no obstante su fama de donjuán, justamente ganada— tenía entre las mujeres muchas y muy buenas amistades, en el más elevado y puro sentido de la palabra.

Su trato abierto y natural, pero correctísimo siempre, inspiró en las mujeres que fueron sus amigas una confianza y un afecto que él no traicionó jamás".

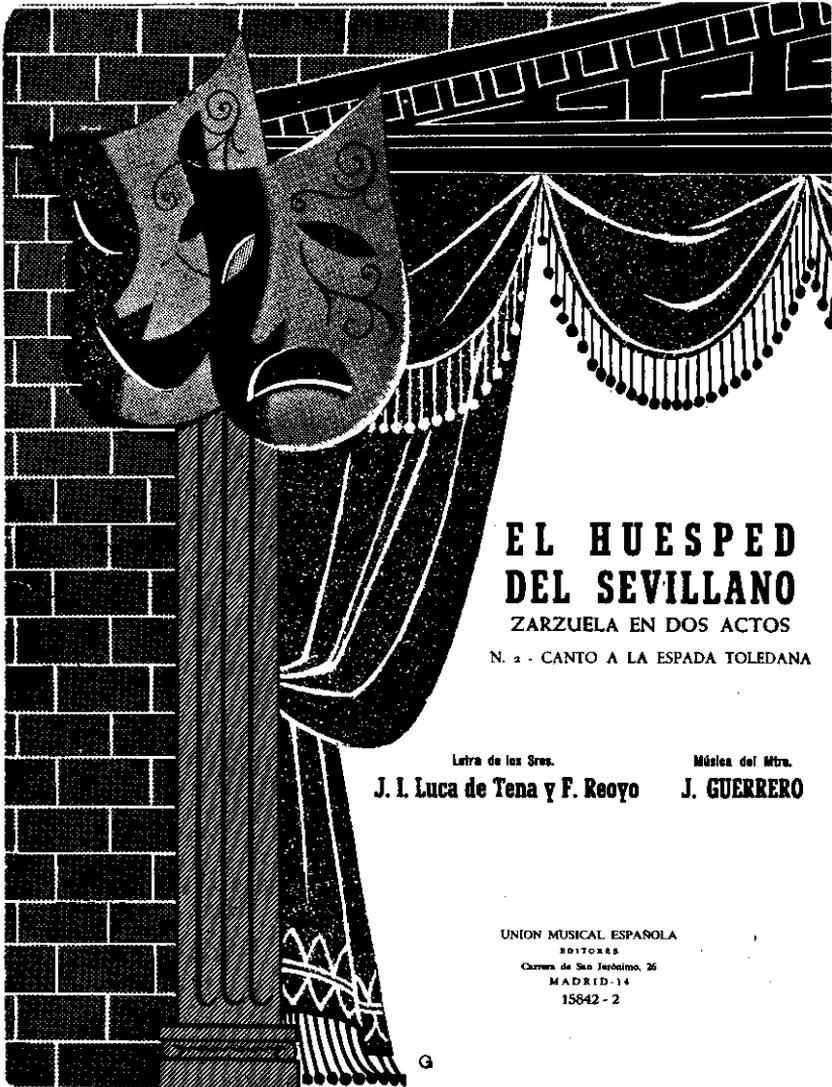
Guerrero tenía un gran corazón: así lo relata Fernández Shaw: "Ibamos por la calle de San Bernardo una tarde de frío espantoso, cuando vimos en el atrio de una iglesia un pobre ciego que pedía limosña, tocando el violín... "Un momento, compañero"... le dije; y arrancando el violín de sus heladas manos, se puso a tocar un pasodoble flamenco.

A la media hora, se había formado un corro imponente. Jacinto tocaba y pasaba la bandeja. Cuando hubo transcurrido un buen rato, nos alejamos del ciego, que se quedó llorando y echándole bendiciones..."

La esposa de Fernández Shaw comentaba un día que había ido a Radio Toledo, requerido por el director de la emisora. Como quiera que el locutor les presentó como "el maestro Guerrero y su compañía" organizó al punto un número improvisado que resultó un éxito, provocando con ello los más elogiosos comentarios en la ciudad que duraron varios días.

Una vez le confundieron con un técnico de radio y, ni corto ni perezoso, se puso a arreglar la avería, sentándose al piano al terminar, para explayar su espíritu con las improvisaciones más insospechadas.

Guerrero podía y sabía tocar, además, todas las canciones de moda y cualquier melodía que escuchaba o le tarareaban, con las variaciones que le venían a la cabeza. Por eso desde un principio "se sintió rico por dentro" y luchó sin tregua por conseguir dar al



EL HUESPED DEL SEVILLANO

ZARZUELA EN DOS ACTOS

N. a - CANTO A LA ESPADA TOLEDANA

Letra de los Sres.

J. I. Luca de Tena y F. Reoyo

Música del Mtro.

J. GUERRERO

UNION MUSICAL ESPAÑOLA

EDITORES

Carrera de San Jerónimo, 26

MADRID-14

15842-2

G

público y a la posteridad la herencia de sus cualidades y su talento musical.

Por entonces fue a París, donde estrenó con Raquel Meller la revista "París-Madrid"; y en 1930 viaja a América.

Camino de Buenos Aires, en el barco, se hizo amigo de los músicos y en cubierta empezaron a escucharse solamente sus melodías.

En el teatro Honrubia, Jacinto dirigió "El huésped del sevillano" y dicen las crónicas que "durante el número de "Las Lagarteranas", en todos los ojos españoles había lágrimas".

Por entonces cantaban sus obras los populares José Luis Lloret, Matilde Rossi, Tino Folgar, Rosita Cárdenas, etc... y figuraban como sus colaboradores y amigos Gregorio Martínez Sierra, Manuel Dicenta, Catalina Bárcena, Milagros Leal, Gutiérrez de Miguel y un larguísimo etcétera.

Le acompañaron o esperaban en Buenos Aires todos ellos y allí se estrenó "El sobre verde", con éxito clamoroso.

Es en este año 1931 cuando Guerrero sueña con comprar y poseer el mejor teatro de Madrid y, a pesar de decirle mucha gente que es una locura, responde: "Desde que salí de Ajofrín no hice más que locuras..."

Como no dispone de suficiente dinero, pide un préstamo a los bancos y compra un gran solar en plena Gran Vía. Le sugieren que lo llame Edificio Guerrero pero responde que "no quiere que su apellido pase a la historia gracias a un montón de cemento, sino por su música". Y lo titula Coliseum.

Por entonces comienza la República en España; se retiran los créditos de construcción, los bancos se retraen, se inician las huelgas; la gente da en llamar a aquella obra "el cementerio de Guerrero" porque en él había enterrado Jacinto toda su fortuna. Y solían decirle con sorna:

—Estás ahora más pobre que cuando llegaste de Toledo...

Guerrero no se amilanó, sin embargo, con la huelga de la construcción. Cierta día reunió a los obreros y les invitó al teatro. Terminada la representación, les sugirió que siguieran trabajando y con su labia les convenció.

Acabada la gran mole del Coliseum y debiendo más de seis millones de pesetas, Jacinto Guerrero instaló allí a su familia: transfirió el cargo de administrativo a su hermano Inocencio y sintió

la enorme satisfacción de ver hecha realidad su ambición de poseer el mejor teatro madrileño, “con una gran plataforma en la que los músicos, sentados, se elevaban a la vista del público...”

IX.— LOS AMORES DE GUERRERO. MUERE LA MADRE

Con la sensacional “vedette” Conchita Leonardo, su apasionado amor, Jacinto Guerrero estrena “Colores y barro”. Pero al maestro le gustan todas y todas le quieren...

Josefina Carabias relató con toda sencillez y ternura la afición desmedida que una vendedora ciega (Aurora) sentía por el músico. Había estudiado piano de niña y un día, escuchando la música de “La Alsaciana”, quedó prendada de ella. Conoció al maestro Guerrero en cierta ocasión al defenderle con alma y vida de una mala crítica y, siempre que la compraba el periódico o la lotería, él le alargaba un billete de banco. Le seguía en cada estreno o acontecimiento. Temiendo una vez por su vida, ofreció llevar por su curación hábito durante tres años... (“Cuando estalló la Guerra Civil se puso de hábito, exponiéndose a ser detenida”).

Paquita, hermana de Jacinto se casa ese mismo año; tiene un niño —que luego será la ilusión de Guerrero— y enseguida enviuda.

Jacinto pasa la guerra lejos de España y cuando concluye se sorprende de que su Coliseum permanezca ileso.

La zarzuela ha decaído para surgir la opereta, y más aún, la revista. Estrena, de Jardiel Poncela, “Carlo Monte en Montecarlo” (1939) con cien representaciones; no obstante, su música figura en segundo plano y no se imprimen discos de ella, pues los cantantes no se lucen ahora como en otros géneros musicales.

Lo que sucedió con dicho estreno fue algo insólito. Jardiel Poncela, como se sabe, era autor de comedias, aunque por cambiar quiso asociar su tema de la sala de juego de Montecarlo con la música de Guerrero, quien enseguida le mostró varios números que había compuesto y que estaban aún sin encajar en ningún libreto. Y le parecieron magníficos.

Trabajaron juntos en San Sebastián aunque la opereta se estrenara en Madrid, a cargo de la Compañía de Comedias del Teatro Infanta Isabel, con la actriz Isabel Garcés a la cabeza del reparto. “Pasó” bien pero no se volvió a hablar de ella ya que los

“cómicos” no eran “divos” y el público de Jardiel Poncela no era el mismo que el de Guerrero.

El estreno y la experiencia de esta obra puede considerarse como la transición de una época y un estilo, que suele vivir todo compositor.

Cuando Guerrero frisa los cincuenta le suelen preguntar por qué no se ha casado y entre otras respuestas figuran “porque no he tenido tiempo” o “porque la época propicia para ello transcurrió entre viajes, trabajo, ensayos, estrenos, amoríos” o “porque con mi madre y mis hermanos no eché de menos el hogar”. Y si le decían que quizá no había llegado el verdadero amor, contestaba: “desde los doce años no he tenido el corazón vacante ni una hora. ¡He estado enamorado toda mi vida!”

También se habló mucho de Victoria Pinedo, cuya bellísima voz de soprano colaboró al renombre de “La Montería”, pero ella solía decir que, aun siendo grandes amigos, no había compromiso entre ellos...

Pasaron los años de la postguerra. Enumerar y comentar el extenso repertorio de composiciones de Guerrero sería tarea interminable. El estreno de “Don Quintín el amargao” (letra de Carlos Arniches), de menor nombradía, precede a un par de obras que suponen un pequeño fracaso, como es el caso de “Cornópolis”, en el que las vicetiples se pasaron de atrevidas y, más tarde, “El mantón español”, ante la cual, por un infortunado “gallo” del tenor, el público intransigente comenzó a silbar. Pero para el carácter animoso de Jacinto Guerrero ello no suponía casi nada. Afrontar las vicisitudes de la vida estoicamente y con elegancia es también un arte como otro cualquiera.

“He aquí a unos hombres —opinó un moralista— que han tenido que tantear, luchar, deshacer lo empezado, rectificar. Han hecho frente a lo difícil, a lo incómodo de los elementos y todo lo han vencido”. Porque no hay premio ni gloria sin esfuerzo y sin fallos subsanados.

Del sainete mencionado “Don Quintín el amargao”, se dijo no obstante que era la mejor música popular de entonces y por ello Guerrero consigue que la Sociedad General de Autores de España conceda un elevado tanto por ciento del ingreso en taquilla para los autores.

Por exigencias de la moda hemos de insistir en que el maestro se pasó a la música “canalla” o de revista; lo que ahora dan en denominar “música comercial”, aunque también escribiera un “poema sinfónico” del que comentó con sorna en cierta ocasión que la Sociedad General de Autores le había dado cuatro pesetas, ochenta céntimos... (“El público me pide música ligera y no hay más remedio que nadar a favor de la corriente”).

Según contaba tenía escritas “cosas serias” que no tendrían salida ni beneficio; por desgracia, lo clásico en aquellos años se encontraba adormecido y por añadidura... ¡Su mundo era el teatro!

En el Coliseum se estrenó “Loza lozana”, en un romántico tanteo de recordar y revivir la zarzuela. Era el día 9 de septiembre de 1943. Desde el balcón de su gran casa, la madre de Guerrero estuvo viendo cómo acudía el público a su teatro. Ella siempre gustó más de las zarzuelas que de las revistas. A Moreno Pavón, que le acompañaba, le decía: “¡Para que luego digan que ya no gusta la zarzuela!”

Poco después, fallecía de un colapso.

Moreno Pavón había bajado al teatro a decírselo a Guerrero, que tiró la batuta y salió corriendo a verla morir. Se fue para siempre quien más le quiso y admiró, “por la que lloró Jacinto sin consuelo día y noche; aquella santa mujer por quien había luchado, trabajado y sufrido desde que quedó sin padre a los diez años...”

X.— JACINTO ES OPERADO. AURORA, LA ENAMORADA INVIDENTE

La ilusión por la música y las alegrías que le proporcionaba su huérfano sobrino, lograron que Jacinto Guerrero se consolara un tanto de tan sensible pérdida y poco a poco fue tomando aliento su alma dolorida. Mas es tanto lo que trabaja que su salud se empieza a resquebrajar.

A pesar de la decadencia del teatro lírico se siguen representando todavía sus inolvidables zarzuelas y Jacinto consigue cobrar de la Sociedad General de Autores la friolera de un millón de pesetas anuales.

No obstante, la revista es el género que aborda ahora totalmente, con idéntico éxito que anteriormente la zarzuela.

De la “Revista” poco se puede comentar ya que

musicalmente hablando carece de la importancia de la zarzuela por ser frívolo su carácter en general. El fuerte lo constituían las “vedettes” al ofrecer un número de baile más o menos pegadizo o provocativo, desfilando por una pasarela elevada entre los músicos y el público, al final de cada acto o cuadro.

No obstante lo dicho, las Revistas del Maestro Guerrero fueron sin duda las más aplaudidas por la gracia y ritmo de sus números musicales.

“ ¡Cinco minutos nada menos! ” recorre con éxito clamoroso España entera y en el teatro Martín obtiene memorables y rentables llenos. La Sintonía radiofónica de la década de los cuarenta y tantos, muchos la recuerdan todavía: “Cinco minutos nada menos/ así se llama la opereta/ cinco minutos nada menos/ la más genial y más completa”.

Jacinto es reconocido por varios médicos, que deciden operarle de un absceso en el intestino en mayo de 1944; operación que repite el Dr. Cardenal en el mes de junio del mismo año.

Desde su cama, convaleciente, se recrea el maestro en una reposición de “La Montería” que se lleva a cabo en su Coliseum. Había alcanzado por entonces las diez mil representaciones...

Toda la enfermedad del maestro es seguida de cerca por Aurora, su ciega enamorada. “Ha pasado días y días pegada a la puerta del sanatorio, rezando por él. El caso de esta mujer es extraordinario —escribe la Carabias— y su memoria es prodigiosa. He comprobado con ayuda del periódico algunas fechas dadas por ella y ni una sola estaba equivocada. Sabe sin el menor fallo todos los estrenos de Guerrero, las veces que repitió cada número e incluso algunas cosas que ella no podía apreciar y que sin duda las preguntaba, como el traje que llevaba puesto y si mostraba o no cara de cansancio”.

Son palabras de Aurora, la ciega:

“El alma nos funciona a los ciegos mucho mejor que a ustedes los que ven con los ojos del cuerpo, sobre todo cuando se trata de personas que queremos. Si me preguntan qué número de “iguales” salió ayer, no se si lo sabré decir, pero pregunténme qué día se estrenó “ ¡Cinco minutos nada menos! ” y les diré que fue un viernes 21 de enero de 1944, interpretada por Maruja Tomás y Casaravilla”...



Jacinto Guerrero, dibujo de José Luis Ruz

Moreno Pavón contaba:

“Una tarde me pidió Guerrero que yo dirigiera la orquesta porque él no podía hacerlo. Aurora entró en el teatro y, apenas escuchó los primeros compases, salió de allí. “No me quedo porque hoy no dirige el maestro Guerrero”. ¡Los porteros del teatro se quedaron pasmados!”

Le amaba tanto que un día llegó a decir:

“Nací ciega. No he visto nunca la luz del sol, ni la cara de mi madre ni la sonrisa del maestro Guerrero, aunque pienso verla allá, en el cielo, si Dios me reserva un rinconcito”...

Cuando Jacinto mejoró de la intervención quirúrgica, sucedió algo terrible: en el estreno de “La canción del Ebro”, en el Coliseum, una mujer, admiradora suya, se tiró de cabeza al patio de butacas desde el piso alto “porque lo había ofrecido así, si el maestro salía con bien de su enfermedad”.

El amor y la admiración no tienen límites y en algunas ocasiones hacen perder la cabeza. Por suerte, la “fans” no llegó a matarse aunque deterioró varias butacas y dio a los presentes en el teatro un susto tremendo.

Jacinto Guerrero trabajaba en la composición, con pasmosa rapidez. Cuentan que antes de que el autor del libreto de una revista (Muñoz Román) copiara la letra de una cuartilla en una sola carilla resumida, Guerrero ya había compuesto su música, exactamente en tres cuartos de hora.

Para poder apreciar esta rapidez es preciso conocer a fondo el tiempo y la dedicación que llevan componer. En un examen ordinario del Conservatorio madrileño, para un ejercicio final de cuarto curso de armonía tonal (anterior a la composición propiamente dicha), da el profesorado hasta cuarenta y ocho horas de tiempo. El señor Pérez Olea, auxiliar de dicho centro, ha explicado muchas veces a sus alumnos que, enfrascado en armonizar “lecciones corrientes”, se ha pasado ocho y hasta diez horas del día sin tener noción de lo que pasaba en el mundo “exterior”...

El pasadoble “Eugenia de Montijo” de “¡Cinco minutos nada menos!” le ocupó a Guerrero escasamente una hora y media y, al entregarlo, explicó a Muñoz Román:

“He dejado pasar tres días por darte gusto, pero ya lo tenía hasta instrumentado la tarde que me lo pediste”.

El éxito de la opereta fue imponente. ¡Mil ochocientas representaciones ininterrumpidas!

XI.— LA GENEROSIDAD DE JACINTO

Es digno de encomio lo que Guerrero ayudaba a la gente que trabajaba para él. “Segundas tiples, comparsas, apuntadores, tramoyistas, todos guardaban buen recuerdo de su comportamiento y de su generosidad. Lo mismo jugaba con ellos un parchís que les invitaba a merendar o les pagaba el taxi si vivían lejos. Nunca exigía “vueltas”. El ha remediado incontables calamidades entre los que le rodeaban o se lo pedían”.

En sus últimos tiempos Guerrero fue nombrado concejal del Ayuntamiento de Madrid y le fue concedida la Cruz de Isabel la Católica “por la expansión que dio a la música española fuera del país”; también la de Alfonso X El Sabio y, más tarde, como merecido galardón a su labor incansable en pro del arte de la música, la Medalla de oro al Trabajo.

Por el año 1946 Jacinto ya no cuida en absoluto su salud. Come, bebe y fuma demasiado, por lo que su hermano Inocencio, siempre comedido y prudente, le aconseja que se cuide y condicione su vida a un trabajo ordenado y sereno. A veces le presta dinero (“de lo que en realidad le pertenece a Jacinto, aunque Inocencio lo administre”) que gasta al punto, sin pensarlo dos veces, para remediar la primera necesidad que le comentan.

Jacinto tiene un corazón de oro. Será mujeriego, juerguista... pero ¿y qué? ¿no es peor la injusticia personal o colectiva; o, bajo la apariencia externa de pureza, no mover en la vida un dedo por los demás?

Un músico no puede ser malo; la música es un arte de mágico poder espiritual que nos arrebatara y eleva, situándonos en un plano singular y diferente...

Jacinto fue así. Había padecido una niñez dura pero conservando un optimismo innato y un ánimo inagotable que le dio en todo momento aliento y vida ¿Pueden darse mayores méritos?

En 1948, le nombran presidente de la Sociedad General de Autores de España y es cuando viaja con Federico Moreno

Torroba, comprobando éste, para recordarlo siempre, que Jacinto Guerrero “se lleva a la gente de calle”.

Al despacho de la Sociedad General acude siempre puntualmente y se ocupa hasta de los menores detalles. Para que los autores tengan casa propia compra el edificio de la calle de Fernando VI, sede actual de la Sociedad.

Con ocasión de la Fiesta de la Flor, a beneficio del patronato de la lucha antituberculosa, Guerrero presidía una mesa petitoria situada entre la calle de Alcalá y de Sevilla, representando a la Sociedad General de Autores. Como viera que la gente echaba poco dinero, se puso a gritar como un charlatán: “¡Vengan...! ¡Pasen señoras, señores, no es preciso gastar mucho dinero! ¡Insignias de la Fiesta de la Flor a treinta céntimos! ¡A los de Toledo se las pongo dos un real! ”

Cuando los petaoes que pasaban por allí le escuchaban, fueron reconociendo que era el maestro Guerrero y se formó un gran corro para que él mismo les clavara la banderita.

“Las señoras que presidían una mesa próxima y estaban muy desanimadas, mandaron a la mesa de la S.G.D.A.E., un recado que decía: “Puesto que todos pedimos para el mismo fin, hagan el favor de prestarnos al maestro Guerrero aunque no sea más que media horita. Le regalaremos un puro”.

En 1949-50, presenta en La Zarzuela “El oso y el madroño” y viaja de nuevo por varios países del extranjero.

“La Blanca doble” le proporcionó dinero y éxito a raudales, así como la revista “Su majestad, la mujer”, cuyo título nos honra sobremanera a las damas. Y se decía entonces: “De enero a enero, el dinero es de Guerrero”... Pues “en aquella temporada entraron en las taquillas de La Zarzuela cinco millones de pesetas”.

Pero Guerrero no es amigo de acumular y él mismo comenta: “A mí me gusta vivir así... me divierto, vivo y viven también los artistas, el empresario, los tramoyistas, los apuntadores, las vicetiples, y hasta la mujer de la puerta que vende tabaco y cerillas... ¡Que también la pobre tiene derecho a vivir! ”

También eran célebres y rumbosas sus compras. “Era goloso, como todas las buenas personas. Todos los días llevaba postre dulce a su casa. Y decía el confitero de Gran Vía: “Con las tartas y las cajas de bombones que el maestro Guerrero ha comprado aquí, habría para edificar un edificio dulce más alto que el Coliseum...”

XII.— ¡OTRA VEZ LA ZARZUELA!

En 1951 pensaba Guerrero con desmedido afán en conseguir que resurgiera la zarzuela. Para ello contaba con los hermanos Fernández Shaw, a los que encargó un libreto especial, elegante, una "Fosa del Azafrán" con tacón alto, de ambiente isabelino, que causara sensación, o "zarzuela de guante blanco".

Se estaba fraguando, en suma, su obra póstuma "El canastillo de fresas", que Jacinto no llegaría a concluir, por desgracia.

"¡Esto sí que le gustaría a mi pobre madre si pudiera oirlo!"

El 23 de febrero, Jacinto Guerrero dirige, más fatigoso que otras veces pero con no menos entusiasmo, "El tercer hombre", cuya música no era de lo mejor, ya que hubo de adaptarla al libro del entonces novel Vizcaíno Casas y gracias a la experiencia en estas lides de su gran amigo y colaborador Famos de Castro.

Moreno Torroba pudo observar que al maestro le pasaba algo. "No duerme apenas; come mucho y siempre de lo que le perjudica y sobre todo bebe mucho líquido; incluso antes de acostarse, ingiere por necesidad una gran jarra de agua... ¡Se está deshaciendo sin hacer caso de los que le aconsejamos bien!"

La obra estuvo dos meses en cartel. El 4 de mayo estrenó "Alló, Marte", con libreto de Serena y Llabrés. Fue esta la última música que presentó.

Como adivinando su fin próximo, invitó a todo el mundo a la función. Dirigió la orquesta y al final se dirigió al público, emocionado, mientras éste le aclamaba sin tregua: "No me debéis nada, sino que soy yo quien os debe todo a vosotros. Puedo decir que hoy os pago una ínfima cantidad de réditos de lo que os adeudo..."

A los que no habían podido entrar mandó que les dieran "vales" para días consecutivos.

¿Recordaba entonces Guerrero sus días difíciles, pero queridos, de su infancia en Ajofrín y Toledo y el afán y el amor por conseguir con su esfuerzo constante lo que ahora le llenaba de éxito y satisfacciones?

Un domingo de aquella primavera se le tributó un gran homenaje. Acababa de recibir la Medalla de Oro al Trabajo.

En la fiesta matutina anterior al gran banquete se cantaron sus músicas: coros, duos, romanzas...

Jacinto, entre aclamaciones, pronunció un discurso y se fotografió como era su costumbre, con su eterno cigarro puro en la boca y rodeado de docenas de chicas guapas...

— ¡Me siento más feliz que nunca! —decía, cuando solamente le faltaban tres meses escasos para morir ...

Como anécdota de su carácter entusiasta, comentaban también los periódicos de entonces: “Los colaboradores de J. Guerrero le ofrecieron una comida en el restaurante Molinero. El músico, en todo acto de este género, suele decir, queriendo halagar a la ciudad en que el homenaje se celebra, que él es en realidad y de corazón de allí, de aquella localidad.

—Yo... que es como si Madrid fuera mi patria chica...

—Porque me considero de Barcelona... como si en ella hubiera nacido...

Al final de aquel banquete, Jacinto Guerrero se disponía a hablar para agradecer el acto. Y Pedro Muñoz Seca comenta junto a los que tiene a su lado: “No, que no hable Jacinto... porque nos va a decir que ha nacido en Molinero”.

Para reavivar la Lírca Nacional, el estado español ofreció aquel año de 1951, una subvención de setecientas mil pesetas. “El canastillo de fresas” tendría que estar acabado aquel mismo verano para celebrar su debut a mediados de septiembre, a continuación de lo cual Guerrero quería preparar obras de Moreno Torroba y Aldavín, para continuar de cara al invierno con un gran homenaje a Ruperto Chapí.

Acababa Jacinto de descubrir una gran tiple ligera, Encarnita Ruiz, recién salida del Conservatorio.

También estaba en su mente rodar películas de cine, junto al gran pintor Dalí; él haría de “maestro Guerrero, dirigiendo la orquesta” y en la cinta brillaría su música trascendentalmente española.

Conocía al productor francés Pierre Caron desde sus felices tiempos de “París-Madrid”. Se abrían nuevas perspectivas de trabajo y de éxitos...

El guión francés “Allo-Alí-Can-Can”, sería traducido y adaptado por Ramos de Castro; Salvador Dalí (“El inmortal”, ahora) se encargaría de la sugestiva decoración.

El 19 de julio, Dalí escribió un telegrama a Guerrero para decirle que estaba completamente de acuerdo con la idea.

A Juan Ignacio Luca de Tena

LA ROSA DEL AZAFRAN

Zarzuela en dos actos

Letra de
Federico Romero y
Guillermo F. Shaw.

Núm. 10

Romanza de
Sagrario

40 Ptas

MUSICA DE

Jacinto
Guerrero.

A primeros de septiembre, Jacinto reunió a su compañía para hablarles de sus proyectos. Estaba a punto de conseguir, con su entusiasmo y su habilidad, que el género lírico español tuviera su teatro nacional, subvencionado por el Estado, como lo tiene la comedia. “Todo depende de esta gran temporada, de la reposición de nuestra zarzuela... ¡no perdáis el entusiasmo! ¡miradme a mí!” —gritaba—.

XIII.— GRAN HOMENAJE EN TOLEDO. SUS ÚLTIMOS MOMENTOS

Mientras seguían los ensayos y la ilusión de la nueva compañía de zarzuela de Guerrero, en Toledo le fue ofrecido un grandioso homenaje que tendría lugar el día 9 de septiembre de 1951, precisamente la fecha, triste para él, del fallecimiento de su madre.

Lo recordó nostálgicamente, aunque luego se consoló pensando “lo mucho que ella hubiera disfrutado y aún llorado, si hubiera podido contemplar el fervoroso tributo que le rendía la ciudad a donde habían llegado los dos juntos, años ha, una mañana fría, tan desamparados y tan pobrecitos”, camino del Colegio de Infantes y de la gloria...

La víspera de su homenaje, pues, fue a llevar al cementerio de la Almudena un gran ramo de flores, el póstumo también, como lo fue “El canastillo de fresas”.

A Toledo se llevó a sus mejores amigos; llegaron a la plaza de Zocodover a las cuatro de la mañana y a las ocho iban camino de Ajofrín.

Allí estaban todos sus paisanos, esperándole. “Le abrazaban y lloraban por las calles...”

Recordaba entonces Jacinto, casi con lágrimas en los ojos, otra feliz ocasión en vida de su madre, cuando por primera vez le homenajearon en Ajofrín... “Todos los pueblos limítrofes se adherieron al merecido homenaje enviando representantes suyos los distintos ayuntamientos. El de Mora aún hizo más: la alcaldía prometió proponer en la primera sesión municipal que se diera el nombre de Jacinto Guerrero a una calle o plaza”. Por ello, Guerrero no cabía en sí de gozo y tuvo palabras de agradecimiento para los que le encaminaron en principio hacia el triunfo: el Diputado D. Emiliano de la Cruz, la “Sociedad

defensora de los intereses de Toledo”, la Sociedad Cultural “Arte” y hasta recordó al corresponsal del desaparecido periódico “El Castellano”, Isaac Sánchez, que fue el principal promotor de aquel merecido homenaje de sus paisanos.

“El pueblo de Ajofrín le nombró Hijo Predilecto y le dedicó el nombre de una de sus plazas. Guerrero se fotografió junto a su madre y hermanos y con los amigos y colegas en la puerta de la casa donde nació. Allí mismo se instaló una lápida conmemorativa que se descorrió con la solemnidad acostumbrada ante las autoridades locales y el pueblo entero”...

Recordaba asimismo el banquete posterior junto al Delegado Gubernativo, Sr. Sola; el Párroco D. Julián Gallardo; el Alcalde, Sr. Moreno y sus queridos colaboradores y amigos Dicenta, Pamos Martín y Kevenga y hasta el momento en que llegó el “pastor poeta”, exprofeso de Ccaña para leer sus versos, asociándose de ese modo al homenaje. Todo lo revivía ahora, con sus paisanos, entre abrazos y alegría.

En Toledo presidió una misa de acción de gracias e hizo el saque de honor en un partido de fútbol. Y, al final, el banquete.

La Orquesta Sinfónica de Madrid interpretó lo más escogido del “repertorio Guerrero”.

Desde aquella mañana se sentía enfermo. Hacía esfuerzos para hablar y sonreír. El programa-homenaje fue recargado en demasía, pero a pesar de todo, Jacinto aguantó por sus arrestos. Dirigió la orquesta; primero “Jahía”, el poema sinfónico de su juventud, para acabar con “El Huésped del sevillano”, su obra maestra.

A media tarde sufrió un mareo. Fue Federico Moreno Torroba quien le aconsejó no dirigir en la función de la noche; pero Jacinto no lo consintió; ¡Significaba tanto para él!

Todo el mundo se fijó en su rostro; algunos decían: “¿qué le pasa?”, y otros: “Está cansado”...

—Todo lo toledano le afecta muchísimo.

Sería eso, seguro. ¿Quién podía pensar que iba a morir?

Haciendo un esfuerzo sobrehumano dirigió su “Himno a Toledo” con la misma energía y brillantez de su ardorosa juventud, “como si fuera la última obra que dirigiera en su vida...”

Cuando se acostó aquella noche, decía febril: “Mañana estaré nuevo. ¡No voy a faltar a las misas por mi madre!” Y no se

levantó más. Aurora, la ciega, acudió a su lugar de la iglesia. Y supo enseguida que solamente habían entrado Inocencio y sus hermanas...

Los calmantes que tomó Jacinto para soportar la fiesta-homenaje determinaron una paralización intestinal.

Todavía, postrado en cama, llamó a sus colaboradores, a Moreno Torroba, a Moreno Pavón, a Muñoz Lorente. "Ocuparos vosotros de los ensayos"...

Cuentan que Guerrero no perdió el humor ni en sus postreros momentos. Cuando, después de verle los doctores Poda, Sala, Vara, Reicks, Hidalgo, Pivera y Cardenal, y aún habiendo recibido el diagnóstico de "urea en la sangre", el día 14 por la tarde, al ver la instalación de balones de oxígeno en su cámara comentó intentando sonreír: "¿Qué decorado nuevo es éste? ¡Ya empieza el ensayo general! "

Se resistía a ir al sanatorio por temer una nueva operación. Inocencio logró convencerle, así como sus colegas tan queridos. "Y él mismo se sentó en la cama, requirió las zapatillas y se puso la bata". Ya en el sanatorio buscó afanosamente en los bolsillos para dar la propina a los camilleros... "¡Caramba, chicos...! ¡Qué mala suerte! Clivé cogor dinero esta vez".

Los hombres no podían contener la emoción al disculparle,... mientras Jacinto encargaba a su hermano que les diera una buena propina...

A Perico Chicote, que le acompañaba también en aquellos momentos y apretaba la mano, le pidió que invitara una vez más a una ronda de vino a todos, incluso a la monjita que le cuidaba ahora, en sus últimos instantes...

De madrugada recibió la extremaunción.

XIV.— LA TRISTE NOTICIA

Ha muerto el maestro Guerrero. El teatro está de luto. Lo estará siempre.

Murió a las cinco de la madrugada del día 15 de septiembre de 1951.

La noticia se extendió rápidamente, por radio, por los periódicos de toda España... y corrió de boca en boca. Madrid entero acudió en masa a visitar su cadáver, instalado en el vestíbulo del Coliseum, cubierto por un hábito de franciscano, con

sus manos “amarillas (“inactivas por primera vez” como rezaba “ABC...”) presionando el rosario de su buena madre...

Hubo innumerables telegramas de condolencia de varios países porque el maestro Jacinto Guerrero: “en todas partes donde había pasado dejó buenos recuerdos”.

Durante todo el día, el río humano corrió por la Gran Vía a contemplar y rezar al maestro una fervorosa oración...

Al día siguiente el féretro de Guerrero recorrió las calles de Madrid, seguido de una multitud ingente. Pasó por delante de la Sociedad General de Autores, después por el Teatro de la Zarzuela, donde la banda Municipal interpretó fragmentos variados de sus obras inolvidables. Al fin, al cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, patrona de Madrid, “donde estaban aún frescas las flores que él mismo llevara días antes a la tumba de su madre”...

Y allí, en una esquina de Gran Vía, la ciega Aurora llora porque la calle sin él ya no tiene aliciente...

Todos los periódicos nacionales comentaron con unánime sentimiento el fallecimiento del maestro Guerrero.

En la S.G.A.E. ondearon negros crespones y los teatros donde se representaban por aquellos días sus obras, cerraron sus puertas en señal de duelo.

El Generalísimo Franco envió a su familia un telegrama de pésame, así como numerosos políticos, ministros, autoridades, escritores, periodistas, autores, actores, actrices, etc.

El escultor Adolfo Aznar sacó una mascarilla del maestro, siendo fotografiado al hacerlo, junto al cadáver del músico.

Guerrero fue reconocido como “madrileño de adopción” y, para la reseña, el periodista Aguinaga le dedicó las más elogiosas palabras, escribiendo en su emotivo artículo de “ABC”:

“El Madrid que Jacinto Guerrero conquistó con su primer éxito “La Pelusa”, en La Latina, pronto se confundió con su sonrisa; porque la sonrisa, la cordialidad y el don de gentes del maestro Guerrero son las propias virtudes de Madrid”.

Manifestó públicamente su condolencia el Presidente de la Diputación (Marqués de Valdivia) al considerar a Guerrero “un madrileño ilustre, digno de eterna gratitud por lo que significó su obra para el teatro español”, diciendo también, entre otras emotivas frases, que el maestro Guerrero fue “un madrileño que

nos envió Toledo” y, acto seguido, en sesión extraordinaria, propuso don Francisco Casares, Presidente de la Comisión de Cultura, otorgar a título póstumo la Medalla de Plata de la Diputación a Jacinto Guerrero, condecoración que le fue impuesta a su cadáver.

XV.— EL CANASTILLO DE FRESAS. OPINION DE SUS ILUSTRES COETANEOS

Aun después de su muerte, el estreno de su obra póstuma, “El canastillo de fresas”, sirvió de nuevo homenaje al nunca bien ponderado compositor toledano Jacinto Guerrero.

Fue estrenada en Madrid el mes de Noviembre de 1951, a los dos meses de su fallecimiento. La dirección artística corrió a cargo de Federico Moreno Torroba.

Es una zarzuela en dos actos y ocho cuadros con letra de los hermanos Fernández Shaw, cuya acción transcurre en la ciudad de Aranjuez y de evocación madrileña. Fue instrumentada por Conrado del Campo, Enrique Esleta, Jaime Leoz, J. Luis Lloret, Moreno Pavón, M. Torroba, Daniel Montorio, J. Olmedo, Paradas, J. Quintero, J. Romo y E. Rosillo, y se estrenó en el gran teatro Albéniz.

En el reparto intervinieron los afamados cantantes Pilar Lorengar, Rosario Leones, Pedro Terol, Luis Bellido, Carlos Oller y Joaquin Deus, entre otros.

Ocho cuadros exquisitos a la par que pegadizos y distintos entre sí integran la obra, y la orquesta fue dirigida por Moreno Pavón en persona, su gran colega y amigo. En el programa de mano, figuraba la última fotografía del maestro.

Justo es recordar la carta inolvidable que, con ocasión de dicho estreno, publicó su hermano Inocencio:

“Mi inolvidable hermano:

Ya ves como tu última ambición artística se ha logrado. Estrenas esta noche, pero ¡ay! sin tu presencia terrenal frente al atril. Estrenas la obra en la que pusiste tanto amor y tanta ilusión.

Tu herencia espiritual, que recogí con mano trémula y el corazón destrozado, la compartí con entrañables amigos y colaboradores tuyos que son lo que han hecho posible tu último deseo. Sin ellos yo no hubiera podido llegar a la realidad de esta



Don Jacinto Guerrero en su madurez. (Foto: Alfonso)

noche tuya. Sé que tendrás para todos los que me han ayudado tu más imperecedera y emocionada gratitud.

Yo he visto ahora cómo te querían y cómo te recuerdan todos, y esta revelación ha sido el gran consuelo de mi infinito dolor por tu ausencia definitiva.

Ya han sonado los timbres. Se ha encendido la batería. Va a levantarse el telón. ¡Verás qué entusiasmo, qué emoción, qué celo ponen todos ¡Todos! en tu último estreno!

Tu deseo está satisfecho, ahora, descansa, descansa en paz y en gloria de Dios.

Te recordará siempre tu hermano: Inocencio.

Madrid, noviembre, 1951”

También he recopilado con ilusión las opiniones de sus ilustres coetáneos, las cuales transcribo sin más dilación, comenzando con la recibida gráfica y recientemente (exclusiva para esta biografía) del actual Presidente de la S.G.A.E., Don Federico Moreno Torroba, gran amigo y admirador de Jacinto Guerrero.

“El maestro Guerrero como músico se merece la opinión de “preparadísimo”, tanto en el Conservatorio de Madrid, como posteriormente cuando se dedicó a un género como la zarzuela en el cual destacó en primerísima fila porque supo adaptarse a las peculiaridades del género; un género popular y en el cual él “batió el record” en este sentido, teniendo obras de todos conocidas y que perdurarán indefinidamente. Su sentido del teatro era verdaderamente extraordinario.

En cuanto a la personalidad del Maestro Guerrero, he de decir, que conviví frecuentemente con él; fue para mí un entrañable compañero; nuestros contactos en la Sociedad de Autores; él como Presidente y yo como Vicepresidente, fueron de constante compenetración en los problemas sociales; dado su carácter y benevolencia con los autores, tenía muchísimos amigos. También he convivido con él constantemente en el terreno particular; viajamos mucho al extranjero, que es donde realmente se conoce a las personas, y fueron unos viajes deliciosos, dada su manera de ser, con su alegría y su don de gentes. No hablaba inglés, pero en una ocasión que estuve con él en Nueva York, pronunció un discurso en una comida-homenaje que nos ofreció la Sociedad de Autores Norteamericana, como es natural, en español,

pero fue tal su fuerza de gesto y expresión, que todos los comensales le comprendieron perfectamente; en suma “un gran músico de teatro y un gran amigo”.

Eduardo Aunós:

“Jacinto Guerrero fue lo que es y será siempre su música: un puro alarde de espontaneidad creadora; un ancho vuelo de inagotable espíritu de inventiva y un torrencial despliegue de impetuosa generosidad”.

Luis Fernández Ardavín:

“Jacinto Guerrero fue el hombre más generoso que he conocido. Nos lo dio todo. El alma, en su música y la vida, en una muerte prematura a la que le condujo su constante afán de sacrificarse por todos”.

Víctor de la Serna:

“Jacinto Guerrero cubrió brillantísimamente y con auténtico genio un difícil objetivo en la parcela que le tocó cultivar, universalizando las melodías inéditas de su patria chica, Castilla la Nueva, echadas a volar graciosamente por encima del mar”.

Marqués de Bolarque:

“J. Guerrero nació y vivió bajo el signo del optimismo y de la simpatía. Así es su música y de ahí su bien ganada popularidad”.

Y Conrado del Campo:

“Fue Jacinto Guerrero un compositor entrañablemente popular; uno de los hombres más abiertos, acogedores, sinceros, afables y despojados de prejuicios y “reservas” que hemos conocido en nuestra dilatada vida musical. Enamorado ferviente de nuestra lírica, sabía encerrar en sus páginas más afortunadas todo su casticismo y encanto bajo la envoltura de una forma y de una traza desenfadada y caprichosa pero siempre risueña, sincera y juvenil”.

Como nota curiosa, quiero exponer también que el día 15 de septiembre de 1980 se confundían en la ciudad de Toledo las esquelas del 29 aniversario de la muerte de Guerrero con las octavillas-anuncio de matriculación del Conservatorio Elemental de Música que lleva su nombre...

XVI.— INOCENCIO GUERRERO

He escuchado a Inocencio Guerrero hablar de su hermano

Jacinto con la misma ilusión y afectividad como si lo volviera a vivir.

—Yo era Guerrero, el malo —me dice— y cuando algunos de sus números no gustaban del todo, pensaban que lo había escrito yo. Estudié piano y armonía con Conrado del Campo como él, pero ni mis dotes ni mi inspiración llegaron a ser nunca como las de mi hermano. Con mucho trabajo y animado siempre por él, llegué a componer un tango que titulé “Fatiguitas” —lo explica riendo— por lo que sufrí hasta verlo acabado.

Recuerdo que una vez Jacinto, por su mucho trabajo acumulado, me encargó escribir unas páginas que le faltaban para un inminente estreno.

Me senté al piano, lo intenté una y otra vez pero... ¡nada! Pasados unos días, llegó Jacinto y me preguntó por mi trabajo. Por no defraudarle, y como un autómata, me senté ante el piano y empecé a tocar unas bellas melodías “¡ladrón! —me gritó— Si eso que interpretas es “El Conde de Luxemburgo”, de Frank Lehar...!”

Inocencio me mostró con entusiasmo el despacho de Jacinto y el teatro Coliseum...:

—Todo el mundo le quería y admiraba. A veces me pedía hasta cincuenta mil pesetas para remediar una necesidad. Tuve que sugerir al director del banco que le dijera que no quedaba dinero en la cuenta. Sus prendas las regalaba sin pensarlo dos veces, de tal forma que siempre se encontraban sus buenos trajes descajalados. Tenía varias novias a un tiempo, aunque su verdadero amor fue Conchita Leonardo... (Y me señaló en un lateral del teatro Coliseum un tapíz de la Virgen de los Desamparados, porque ella era valenciana).

Pude comprobar la suntuosidad e ingente cabida del Coliseum; sus cómodas butacas, sus dos pisos, sus palcos, sus lámparas, su foro.

—Allí hay dos pianos; en el “Colín” ha tocado muchas veces el gran Ataulfo Argenta.

El despacho, sencillo pero regio, del maestro Guerrero, se conserva intacto con su mesa de trabajo su biblioteca y todos sus papeles. Una gran fotografía de Jacinto, encendiendo su cigarro, es su austero adorno.

De la caja fuerte, Inocencio tomó unas fotografías de Jacinto

y me alargó una de ellas: “—Es de las últimas; guárdela de recuerdo...”

Un biógrafo, —pensé— no ha de ser fanático, sino veraz, a pesar de que la cercanía amorosa con el personaje que se estudia nos pueda llevar en algún instante al arrobamiento y la exageración. Y es que, después de charlar con Inocencio Guerrero, siento en mi corazón como si hubiera conocido y tratado personalmente a Jacinto, aunque sólomente el haber escuchado desde niña su música maravillosa bastaría para quererle y admirarle.

Inocencio ha sido incondicional intérprete de todos los acontecimientos sucedidos tras la muerte del maestro.

Por los años setenta, se celebró en el teatro de Rojas, de Toledo, un hermoso homenaje al músico de Ajofrín, representándose entre otros célebres número el de “Las Lagarteranas”, que repitieron los artistas varias veces. En el entreacto, un foco de luz iluminó el palco donde Inocencio se encontraba, junto al maestro Moraleda, también toledano de Ajofrín, y aquél comentó, visiblemente emocionado, que él era Guerrero, el malo, el que tocaba mal el piano... ¡Y el público no se cansaba de aplaudir!

En el año 1976, al cumplirse el veinticinco aniversario de la muerte del maestro, se erige un monumento en la rosaleda de la Vega toledana, a cargo del escultor Comendador y por iniciativa de Inocencio. En él figuran una gran musa con la batuta en su mano de ángel, el busto de Jacinto Guerrero, sonriente: partituras con el nombre glorioso de “Los Gavilanes”, “La Montería”, “El Huésped del Sevillano”... Un violín, una lira, el busto de Euterpe, Terpsicore, y Talía (diosas de la Música, la Danza y el Teatro), una gran lagarterana, un molino de viento y la dedicatoria con fecha: “Al maestro Guerrero, 15-XI-76”.

En el acto-homenaje, ante las autoridades toledanas, Inocencio iba a hablar, pero por la emoción que le embargó no pudo hacerlo...

Los homenajes también se sucedieron periódicamente en varios puntos de la provincia toledano-manchega. Pepita Alía, dueña de una gran industria de bordados de Lagartera nos cuenta cómo por su afición desmedida hacia la música del maestro, llegó a poner su gran retrato el día de la fiesta de la Virgen del Rosario y,

de acuerdo con las autoridades de la villa, consiguió dedicarle una calle como reconocimiento y admiración. Lagartera, uno de los lugares más típicos y famosos por sus labores, indumentaria y costumbres antiguas, nunca podrá olvidar que el maestro Jacinto Guerrero la inmortalizó con su música.

Quiero terminar mi nostálgico recuerdo a Jacinto Guerrero, evocando los versos de Luca de Tena, de “El huésped del Sevillano”:

“Toledo, solar hispano
y sol de la raza íbera,
dichoso aquél que naciera
español y toledano”.

Dichosa por siempre la memoria de Jacinto Guerrero, español y toledano, autor de una música inmortal.



Monumento al maestro Guerrero en la Vega de Toledo, obra de Comendador.

RELACION DE LAS OBRAS DE JACINTO GUERRERO

Relación de las obras completas de Jacinto Guerrero Torres, facilitada por la Sociedad General de Autores de España, con la fecha de estreno de sus obras más destacadas:

Los Gavilanes
(7-12-1923)
El ama
Las rayas de la mano
La luz de Bengala
Los faroles
La hora de la verdad
La reina de las praderas
Como se hace un hombre
Gol
Sale la peletera
Cock-tail Guerrero
Como Dios manda
Salustiano Patrono
Les inyecciones
Los polvos de la madre
Celestina
Las tentaciones
La muerte del dragón
A la sombra
La Pelusa o el regalo de Reyes
Ramón del alma mía
Tolón... tolón
Vivan los novios
Las inyecciones
Los caracoles
La caravana pasa
La costilla del prójimo
El de la suerte
Don Quintín, el amargao
(—Nov.-1924—)
La fama del tartanero
Las gallinas
La loca juventud
Manolita la peque
María Sol
La Montería
(24-11-1922)

Picardías
Pelé y melé
El país de los tontos
El nuevo régimen
Duro con ellas
El sobre verde
En noche de carnaval
El collar de Afrodita
Los bullangueros
Señoras, a sindicarse
La sal por arrobas
Que viene el guarda
La melitona
Los verderones
Las niñas de Peligros
Miss Guindalera
Como los ojos de mi morena
Por los flecos del mantón
El mantón español
Cornópolis
Lo que va de ayer a hoy
El tejar de Cantabranas
Cándido Tenorio
El Otelo del barrio
Los enemigos de la mujer
Apaches
Teodoro y compañía
El huésped del Sevillano
(3-12-1926)
La rosa del azafrán
(14-3-1930)
Las mujeres de Lacuesta
(3-4-1926)
Olé, ya
El número 15
La Orgía dorada
(23-3-1928)

Viva la cotorra
Me casó mi madre
Martierra
El castigador
La canción del día
El camino de Santiago
Las alondras
Abajo las coquetas
Arriba y abajo
El rey nuevo
Quietos un momento
La sombra del pitar
La cámara oscura
El beso de la zahorí
La Alsaciana
(12-11-1921)
Los brillantes
Carlo Monte en Monte
Carlo
Salud y pesetas
Los jueves de las Gómez
El mago cosquillas
Pateta
Todo el mundo futbolista
La camisa de la Pompadour
Alto Hollywood
Pecatta Mundi
Las insaciables
Colores y barro
Las topolinos
Ellas, siempre ellas
Mil besos
Todo a sesenta y cinco
Hip hip hurra
La sota de oros
La española
La Cibeles
Usted es fotogénico

La hora del reparto
Tres gotas nada más
Su majestad, la mujer
Alló-Marte
El tercer hombro
La Blanca dobie
(5-4-1947)
El canastillo de fresas
(16-11-51)
La canción de la huerta
Los países bajos
El oso y el madroño
Noches de París
Cinco minutos nada
menos (21-1-44)
Ku, Ku
Loza Lozana
El mago y la bruja
Lluvia de besos
Tiene razón don Sebastián
Un día en París
Sonrisas de París
La media de cristal
La mentira mayor
Los maestros canteros
Yo quiero ser vedette
La calle 43
Las estukas
La canción del Ebro
Déjate querer
S.O.S.
Ay, que niña
Penalty
El negocio redondo
Un matracó en Nueva
York
Aquí la verdad desnuda
Madrid-Paria
Colilla IV

INDICE

INDICE	Págs.
INTRODUCCION	5
I.— SUS PRIMEROS PASOS	8
II.— EN TOLEDO	9
III.— ANDANZAS JUVENILES	11
IV.— A MADRID	14
V.— LA ZARZUELA	16
VI.— LA MONTERIA Y EL HUESPED DEL SEVILLANO ...	18
VII.— LOS GAVILANES Y LA ROSA DEL AZAFRAN	21
VIII.— COMENTARIOS Y ANECDOTAS. SE EDIFICA EL TEATRO COLISEUM	23
IX.— LOS AMORES DE GUERRERO. MUERE LA MADRE	27
X.— JACINTO ES OPERADO. AURORA, LA ENAMORADA INVIDENTE	29
XI.— LA GENEROSIDAD DE JACINTO	33
XII.— ¡OTRA VEZ LA ZARZUELA!	35
XIII.— GRAN HOMENAJE EN TOLEDO. SUS ULTIMOS MOMENTOS	38
XIV.— LA TRISTE NOTICIA	40
XV.— EL CANASTILLO DE FRESAS. OPINION DE SUS ILUSTRES COETANEOS	42
XVI.— INOCENCIO GUERRERO	45
RELACION DE LAS OBRAS DE JACINTO GUERRERO ...	50

BIOGRAFÍA

Manuela Lourdes Herrejón Nicolás

Nació en Valladolid, el día 7 de marzo de 1934. En el año 1955 obtiene el Título Profesional de Piano por el Real Conservatorio de Música de Madrid.

Por entonces ya había publicado un par de cuentos en Ediciones Rumbos, de Barcelona, y colaborado con varios artículos de temas diversos en el diario "El Norte de Castilla" de Valladolid.

En el año 1977 publica su primer libro de poesías y desde 1978 colabora asiduamente en el periódico independiente "La Voz del Tajo" de Toledo, recibiendo al poco tiempo Credencial de Prensa como colaboradora musical.

Actualmente imparte clases de solfeo y piano en el Conservatorio Elemental de Música "Jacinto Guerrero" de Toledo, del que es Subdirectora desde su creación en 1980.



Ultimos títulos publicados:

10. *Geología y minería de la provincia de Toledo*, por Francisco de Sales Córdoba.
11. *Toledo y las Comunidades de Castilla*, por Fernando Martínez Gil
12. *Panorama de una comarca: Los Montes de Toledo*, por V. Leblic y P. Tormo.
13. *Folklore toledano: Lírica*, por Juan Manuel Sánchez.
14. *Las murallas y las puertas de Toledo*, por Manuel Carrero de Dios.
15. *Toledo y los toledanos en las obras de Cervantes*, por Luis Moreno Nieto y Augusto Geysse.
16. *Poetas toledanos vivos*, por Amador Palacios.
17. *El maestro Jacinto Guerrero*, por Manola Herrejón Nicolás



De próxima publicación:

- *El Greco, su época y su obra*, por Rafael J. del Cerro Malagón
- *Apuntes para una historia de Yepes*, por Tirso Trillo

